el desgaste de la clase media

Juan Pablo Vergara-Marín

reseña de la premiada novela “lo injustificable” de Alberto Velez

editado por Gabriel Borja

***Lo injustificable* (2025) de Alberto Vélez. El desgaste de la clase media**

A *quien* lo merezca:

Por petición de mi editor redacto esta dedicatoria. No pensé que una reseña tan sucinta era merecedora de ser dedicada, pero ya saben como son los editores y sus mañas. Aprovecho esta oportunidad sin embargo para introducirlos a lo que está tomando forma y a lo que hemos estado moldeando gracias a la distancia. No hay mejor lector que llegue hasta acá por pura gracia del *azar*.
Se lo merece.

Juan Pablo Vergara-Marín

Nota del editor:
Los burros se buscan para rascarse.

Editorial Palurda Palestra
2025, derechos sin proteger
No hay plata para el ISBN
Portada hecha por: Gabriel Borja
De nuevo.
Publicado Diciembre 2025

Hay un arrepentimiento particular cuando se recuerda algo, cuando la memoria lo embiste a uno con una cachetada tan seca que cae en cuenta de la bifurcación de los caminos, que hay que lidiar con lo que uno tiene. Está ahí, con un dolor de cabeza punzante detrás de los ojos, con la punta de los dedos y de los pies decantando el veneno de la noche anterior, tiene ganas de orinar, le suda demasiado el cuerpo, durmió con el bluyín puesto, perdió toda la mañana y el día tiene el color de la tarde. Ya es mañana, pero amaneció hace rato. Nada, agua en la cara, agua en el pelo, una peinada sin tanto detalle y a fingir haber despertado hace rato. Hay ciclovía, hay una holgura desagradable en la ropa ya usada, en la piel cochina, reposada, uno cae en cuenta de la gente, del tipo de gente que insiste en bañarse los domingos. Un tinto, un cigarro, un vaso con agua, un perro caliente con todos los juguetes y nada, hay que asumir el día perdido. Unas gafas de sol, como en las películas, si, unas gafas de sol para entretener al ojo, para dejarlo reposar, para que la gente lo vea a uno, y piense lo que quiera pensar, y que en últimas digan 'está enguayabado'.

La ciudad se comienza a llenar de rincones, una figura fractal de historietas, esbozos, buenos momentos, deseos, ruinas, atracos, asesinatos, y cómica miseria: una amiga me besó frente al D1 de la 19 con carrera 5ª, una camioneta me embistió en la 7ª con calle 76, en ese bordillo del Parque de los Hippies una señora nos maldijo, en esa cama deshecha amanecí siempre arrepentido, en ese *Papa John's* un amigo le terminó a su pareja y casualmente quedaba a una cuadra de donde me embistió la camioneta, ese butaco del garaje es el mío, y así se deshace la ciudad en instantes. Hay una presencia gris, opaca, e inerte de Bogotá en la literatura colombiana. Las claves de su telón son dibujadas por la descripción de sus espacios y gentes como en el poema de María Mercedes Carranza *"Nadie mira a nadie de frente, de norte a sur la desconfianza, el recelo entre sonrisas y cuidadas cortesías"*; enajenada de sus partes, entendida como un todo como en *Rapsodia en Bogotá* "*Una ciudad es como una persona. Es el resumen de todos sus habitantes, grandes y chicos, poderosos y humildes. Hosca a ratos, esperanzada, alegre y triste en otros*"; pretenciosamente embellecida, cual la París de Baudelaire en una oración cualquiera de Chaparro Madiedo "*Tal vez el que construyó este barrio pensó que las esquinas eran parte de la circunferencia de la vida donde el amor es un punto central equidistante de la curva infinita del dolor"*. La ciudad es una mierda, insisto yo y cualquier persona con tres dedos de frente que haya pisado sabana bogotana. La ciudad se ha construido desde la antipatía de su clase dirigente, desde la absoluta necesidad de sus clases populares, mediada por el abandono de sus ojos y la desolación de su esqueleto. Es un dedo en la llaga, una gangrena en la herida, cuando escucho que alguien insiste en las malditas frases 'Bogotá coqueta', 'la casa de todos', 'dos mil seiscientos metros más cerca de las estrellas', 'el mejor vividero del

mundo'. Pruebas fehacientes de que no hemos aprendido a vivir, no tenemos de donde agarrarnos para decir cómo se debe vivir, a qué ciudad tenemos derecho. Qué día encontré en una lectura una nueva frontera de clase que nunca se me ocurrió posible pero que tiene todo el sentido del mundo: "(…) *la gente que vive arriba de la Séptima* (…)". Los bogotanos tenemos recorrido trazando fronteras, limitando, dando silueta a muchos monstruos que andan rampantes y brutos recorriendo sus calles. Parece que el eje norte-sur no bastaba y que el fractal —a pesar de su ya constituida materialidad— sigue subdividiéndose al infinito, dentro de él. ¿Dónde tocamos fondo?

Lo injustificable es una novela gestada en las rendijas de las alcantarillas, donde queda atrapada toda la basura que recoge la lluvia y que se reúne en un cúmulo de barro. Es, en el mejor sentido de la palabra, un escrito malparido, porque no hay gesta bella en una ciudad inmunda, y el parto doloroso en mayor medida. Alberto Vélez Jr. Jr. es un gran amigo de esta casa y autor de este relato situado en calles anónimas pero conocidas de la ciudad: lugares comunes como la infidelidad, la infancia reprimida, la migración, la delincuencia, la necesidad, la soledad, una cena oficinista, y un ajiaco de días iguales, absolutos. Julián, el verdadero autor, insiste en regresar a su casa todos los días para relatarnos su paulatina pero segura caída, un chiste de treinta y cuatro días abarrotados de remates, vulgaridades que dan cuenta de una reflexión a la que todos hemos llegado alguna vez mientras vamos en un autobús: la vida no es importante. Pero no en un sentido existencialista meramente, más bien como la más alta ironía de la mediocridad de llegar a esa conclusión en el autobús. Vélez escribe rampante, casi a modo de avalancha, parece no coger impulso, pero se riega cual estornudo en sus diatribas inútiles y absurdas que dan cuenta de un loco víctima de su propio invento. Hay una suerte de vértigo cuando se habla de 'caídas' en locura —o en lo que sea—, pero el camino de Julián es más bien llevado seguro, horizontal —como ocurre en el altiplano—, a veces trotado, pero siempre de derecha a izquierda. Es imposible trazar el punto de inflexión, ni siquiera al principio de la novela cuando Julián comienza su soliloquio, se puede decir que sus días han brillado mejor. Vélez, hombre barranquillero, ambulante y adepto de despedidas irlandesas, no es desconocido en la inexplicable hermandad entre cinismo y mamadera de gallo. Más que un recuento sobre el valor literario —o ausencia de éste— en *Lo injustificable*, quiero abrir al público el lugar de producción de esta obra, de los trayectos de sus personajes y de las carreras y calles de sus vidas. Hablar de *bogotanos* es desconocer de cierta manera la imposibilidad de hablar de un grupo de personas históricamente arraigadas en la ciudad que a principios del siglo pasado contaba con casi veinte mil habitantes: Bogotá es la rima del país, en su más centralista sentido, es la convergencia de todos, a donde vinieron a parar los desamparados. Una noción contemporánea de finales del siglo XX

hablaba de la falta de apropiación de los bogotanos por su ciudad puesto que nadie tenía suficientes arraigos, que no importaba si los buses cebolleros, sus atentados semanales, su demolición y abandono daban forma a la capital de Colombia. El reemplazo es un relacionamiento recurrente en *Lo injustificable*, gente viene y gente va, el reemplazo y el reemplazado, la sustitución que reverbera en todas las esferas sociales. Bogotá reemplaza, y bueno, a decir verdad casi toda urbe en el capitalismo tardío lo hace, y también reemplazan a Bogotá, a su gente, a sus edificios. Actualmente se construye la primera línea del metropolitano, erigida en columnas y dados cuál arreglo de una cicatriz urbana. Esta hendidura de concreto es el monumento más grande que ha albergado la ciudad, dedicado a su *ethos*. Es un recorrido apático como el de Julián a su oficina, a la cama con Alejandra, a casa de sus padres, o al andén con Rodríguez. Sin entrar en particularidades ni debates socioeconómicos el andén de la clase media es uno liminal, es uno contencioso y escurridizo, es en la ciudad el hilo tejido entre los barrios, las deudas, la plata bajo el colchón y el suicidio. Está sujeto siempre a reemplazos como se puede sentir al andar en una ciudad hostil al peatón —entiéndase peatón como alguien que no tiene un automóvil particular ni usa medios de transporte públicos, con las dos piernas, sin una, y sin ambas—, el desnivel de sus recorridos, la intransigencia de los no peatones, y la lejanía entre sus habitantes. Julián siempre se pregunta y procura preguntar a quienes lo rodean sobre el inevitable asedio del propósito, sobre el abandono, en su ridícula invidencia que es motivo de todos sus desencantos.

Hay un breve recuerdo en el libro de Julián con un amigo suyo de la infancia mientras este le enseñaba a chiflar. El protagonista, frustrado e incompetente, le propinó un golpe que le rompe la nariz:

> "*Era una escena muy extraña: yo tirado en el suelo llorando y mi amigo sentado a mi lado, en silencio. Lo más probable es que nadie llegó a ver esta escena. Estábamos en una calle más bien solitaria llena de chatarra oxidada y basura: una especie de callejón que daba a la espalda de varios talleres de maquinaria para construcción. Yo lloraba y mi amigo estaba a mi lado, en silencio, y los dos estábamos rodeados por bulldozers oxidadas, camiones llenos de maleza, retroexcavadoras destartaladas, bolsas de basura desparramadas y montañas de botellas de plástico.*"

Aunque la escena probablemente se desarrolle en la natal Santa Marta del personaje, existe una camaradería infantil, simpatizante, tiran la piedra, pero no esconden la mano. El llanto en Bogotá es inerte, árido, puesto que, frente a la perpetua lluvia, ¿qué son un par de gotas más?

La ironía construida a lo largo del escrito es bastante clara —quizá exista un sesgo puesto que no puedo evitar leer la novela con la voz de Alberto y tampoco puedo ignorar algunas oraciones en las que claramente me lo imagino estallando a carcajadas— ya que no hay mejor respuesta frente a la inclemencia de una ciudad que lo pisa constantemente a uno. En algún punto Rodríguez, el único amigo del protagonista, organiza un robo, pero este se ve moreteado por la sencilla y llana incompetencia de sus ladrones [vale mencionar que alguno terminó trabajando en un *call center*]. Vélez apunta al desgaste continuo de una clase social a la deriva, insiste en que su habitación en el mundo nace de la mediocridad y que, por ende, cualquier empresa o dirección se encaminará a esa mediocridad.

Quizá él responda a esta reseña con un mensaje de un tono similar al de su novela, es más, en un reciente certamen organizado por Editorial Torcaza y Gamanuclear, por decisión unánime se le otorgó el premio *Toñito Carmona* de novela corta. En un video de agradecimiento aparece Alberto Vélez Jr. Jr. agradeciendo el reconocimiento en un parque que queda a dos minutos andando desde su casa, en el cual hemos compartido un par de cigarrillos y en donde he tenido la oportunidad —en varias ocasiones— de escuchar la pantomima capitalina de la que tanto se ufana, la ridiculez de los hijos de algo y de alguien, de alguna anécdota de un homicidio callejero al cual el escritor barranquillero solo puede concluir '¡Qué horrible!'. Hay un miedo por parte de los medios de comunicación que no son noticiosos ni periodísticos por apropiarse de la ciudad, quizá por motivos legales o por sencillamente un temor a la confrontación, pero es difícil encontrar en dichas representaciones una ciudad sin eufemismos. Si se quiere mencionar a la Universidad de los Andes, la institución educativa más elitista, cara, e incestuosa del país, se opta por un nombre tipo *Universidad San Marino:* todos sabemos de lo que se está hablando, pero hay una barrera, en típica moda bogotana, que impide acceder al nombrar las cosas como son. O si se trata de una telenovela hay una distancia entre ese mundo y la ciudad real, no hay forma en la que la Calle 26 lleve a alguien a Chía, no existen los equipos de fútbol, ni los barrios: solo convenciones baratas, huecas, desnutridas. Esta novela es también hija de esa tradición: las calles no tienen nombre, las direcciones son orientaciones generales, las rutas de autobús conectan ideas, pero nada más, pero hay un sentido de escala del cual se puede decir que la novela transcurre en las cochinas calles de la Atenas Suramericana. Julián no habla, pero insiste en escribir lo que todos dicen de él, o hablan con él, es más bogotano que alguien con abuelos universitarios. El bogotano es el locutor del eufemismo en lengua castellana, de tanta crudeza y algunas veces amarillismos, optamos por el punto medio: Julián se enfrenta con un celador en su mente, hasta piensa en la manera como esa confrontación puede extenderse hasta la semana que viene,

pero hay siempre un vértigo a lo desconocido, o quizá una prevención o impulso auto preservante. La voz bogotana es pusilánime, pero aun así la ciudad es el centro en todo sentido de la república, y si le va 'bien' a la ciudad ¿por qué no ha de irle bien al resto del país? Como buen eufemismo, la clase media es protagonista de esta historia: los pobres y los ricos son horizontes, pero uno no pertenece a ninguna de las anteriores. La clase media, si es pensada como una suerte de condiciones cumplidas, engloba a gran parte de la población, y en nuestro afán temeroso capitalino por reconciliar el empute, a ninguno de nosotros nos tiembla la jeta para decir que si, que somos clase media. Qué canallas. Pero, como muestra la novela, está condición es también una relación introspectiva, es la soledad y la imposibilidad de articular las necesidades, las aspiraciones, las quejas, o simplemente las expectativas que tenemos de las cosas.

Cual cabuya, nuestras hebras se desgastan —y bueno, digo nuestras en el sentido bogotano de la clase media, en aras de que el lector se identifique con lo que escribo y que también caiga en la pasividad de reconocerse como 'clase media' y permitirse la orfandad— y no hay una concientización a profundidad y entonces el suicidio se convierte en el remate de un chiste mediocre, mediocre como la respuesta a la pregunta '¿A qué clase pertenece?'. *Lo injustificable* de las posibles respuestas como lo absoluto de la muerte.

> *"Hombres como yo, como muchos otros. Ahogados en la multitud, reducidos a ser nadie o a ser nada o a, simple y llanamente, no ser, etcétera. Se me antojó hermosa la multitud inabarcable de fantasmas y quizá haya llorado un poco, la verdad, en el fondo del bus, sin que nadie me mirara, detrás de todos."*

El arrepentimiento se asoma, ya pasó otro día y por qué no repetirlo mañana. Veo una rata con el cráneo reventado buscando cobijo en la misma alcantarilla donde se reúne la novela, hay un par de taxistas que están viendo con qué tabla, con qué tapete, con qué herramienta le dan el golpe de gracia. Qué horrible, Bogotá es injustificable.